

ID Y EVANGELIZAD

Nº125

www.solidaridad.net

LA FAMILIA

Campo de batalla del Imperialismo

El imperialismo neocapitalista, basado en la sed de lucro y el afán de poder de unos pocos y la esclavitud o el descarte de la mayoría, quiere destruir a su peor enemigo: la familia, fuente de solidaridad y sacramento de Cristo.

El principal campo de batalla

La familia es el frente de combate más importante de una guerra antropológica en la que estamos inmersos en este momento. Esta batalla se disputa entre dos antropologías: la antropología reduccionista o individualista, que entiende a la persona como individuo desligado, y la antropología de la persona religada, relacionada ontológicamente.

La antropología individualista es constitutivamente materialista, es decir, que niega a Dios al hombre y a la moral, aunque algunos de sus seguidores se digan creyentes viviendo como si Dios no existiera. Es una antropología que tiende a la voluntad de poder, porque el individuo autónomo, cerrado sobre sí mismo, va a plantearse siempre las relaciones como un pacto, incluida su vida familiar, entendida como una cooperativa de seres autónomos, de individuos que hacen pacto.

Frente a ella, la antropología religada, para la que nada ni nadie es ajeno, porque cae en la cuenta de que cada vez que se habla del hombre se habla de uno, y de que cada vez que se habla de uno se habla de todo hombre. Por eso, la Iglesia no se cansa de recordar que el futuro de la humanidad se fragua en la familia, que es la fuente de la solidaridad.

La actual situación de la familia en el mundo y en la Iglesia pide familias que se consagren, sacando todo el brillo a la consagración común que es el bautismo, ahondando y ayudándose juntos, cayendo en la cuenta de que un matrimonio es la unión de dos bautizados que quieren ser cada día más pobres, de dos personas que se quieren ayudar a sacrificarse, a ofrecerse, a inmolarse, a favor de los pobres de la tierra.

Para poder vivir ese Don, necesitan permanecer en profunda unión con el Señor, con la Iglesia y en asociación de familias pobres. Solo así serán profetas, es decir, pondrán en medio de la plaza pública existencias que, por sí mismas, además de lo que digan y hagan, estarán anunciando al mundo que otra forma de vivir es posible; estarán anunciando al mundo lo que es la secreta vocación de todos; estarán en medio del mundo, por su forma propia de ser, además de lo que digan y hagan, denunciando asociadamente la mentira, proponiendo la verdad, denunciando la injusticia, proponiendo la justicia. Existencias proféticas, existencias que, desde sus formas de vivir y entender las relaciones con otros y de expresar las relaciones con otros en familia de familias, estén diciendo al mundo: es mentira que el individualismo sea la última palabra, es mentira que la acumulación de bienes, aun a costa de otros, sea la felicidad, es mentira que pueda ser soportable –o sostenible como se dice ahora– un mundo en el que la alegría y el bienestar se pueda hacer con sangre en los zapatos.

La Iglesia como sacramento, el matrimonio como sacramento, la familia como iglesia doméstica han de ser en medio del mundo, un signo, en la doble dimensión de milagro y profecía, que ayude a nuestros hermanos los hombres, no a mirarnos a nosotros, sino a descubrir el Misterio escondido, el plan de Dios, que quiere que la humanidad sea una familia de hermanos, que quiere que la tierra sea el hogar de esa familia. Para eso nos ha llamado.

Ese es también el llamado del Vaticano II: «Dios, que cuida de todos con paterna solicitud, ha querido que los hombres constituyan una sola familia y se traten entre sí con espíritu de hermanos». Al decir esto, el Concilio tenía muy presente lo que hoy llamamos globalización. Pues bien, ante la globalización los cristianos tenemos una palabra que ofrecer, una palabra no sólo escrita en los papeles, sino escrita en la vida: «familia, sé lo que eres, célula de la familia humana». ●

Análisis

La misión de la familia cristiana

Manuel Araus

El autor nos hace conscientes del ataque que la familia está recibiendo desde distintos frentes y que le impide desempeñar –con consecuencias desastrosas para la dignidad y felicidad de cada persona y, por consiguiente, para el bien de la humanidad– aquella misión sagrada que Dios tiene pensada para ella: la de ser signo y realidad de su presencia –que es Amor– operante entre nosotros, es decir, la de ser sacramento. Con esa conciencia, nos desgrana el ser y el quehacer de la familia cristiana, retos tan hermosos como revolucionarios.

La fraternidad está dañada y rota

Podemos leer toda la situación del mundo actual en clave de familia. No hacemos ninguna cosa rara, es una clave perfectamente válida para el cristiano. El Plan de Dios para el mundo es la fraternidad universal, así lo proclamamos con el Padre Nuestro. Vamos a imaginar que los hombres somos una familia. ¿Qué está pasando en esta familia?

La Creación, que es el patrimonio que nos regala el Padre como herencia a la Familia Humana, ha sido usurpada, apropiada, privatizada por unos pocos. Es por eso por lo que falta el pan en muchas casas: el pan, que es alimento material; el pan, que es también seguridad y vivienda. Falta el pan de la verdad, porque muchos hermanos están condenados a la ignorancia, a la falta de una profesión y un empleo. Falta el pan del amor, porque muchos hermanos no saben qué es ser queridos por sus padres. No solo han sido «desapropiados» los bienes materiales, también los espirituales y los religiosos. Hay una auténtica guerra, dirá san Juan Pablo II, de los poderosos contra los débiles, de los enriquecidos contra los empobrecidos. No creo que haga falta dar cifras.

Los hombres y las mujeres también están en guerra los unos contra los otros. La sexualidad, lo que está hecho para dejar clara nuestra vocación a la comunión, lo que está hecho para completarnos y no para subordinar, también está dañada. Y dónde tenía que haber unión, complementación, hay disputas y conflictos. El número de personas que no



se comprometen con nadie (los *singles*); el número de separaciones, divorcios y hasta repudios; el maltrato, la explotación y la esclavitud sexual nos hablan de una guerra también consentida, para convertirnos en «individuos» solitarios, autónomos y tristes.

Otro síntoma importantísimo: la esterilidad de lo que nos venden como amor. Se supone que el amor es fecundo y que la expresión más fuerte de esa fecundidad es dar vida, son los hijos. Pero si nos fijamos en las tasas de fecundidad en los países más enriquecidos, veremos que estamos en un declive demográfico, también en un control demográfico. Estamos, dirá el papa Francisco, en una cultura del descarte. La vieja Europa no quiere hijos. Estamos aceptando con normalidad que haya «matrimonios» estériles por su propia naturaleza. O que los hijos no sean un don sino un capricho. Así, si estorban o distorsionan nuestro plan, lo «progresista» es acudir al aborto o a las esterilizaciones. Pero si, pasada la edad de la fecundidad natural y habiendo llegado al techo del éxito profesional en la mujer, se «desean», tampoco hay problema en «alquilar» a las mujeres pobres para que hagan de «vientres».

Añadamos la tragedia de las familias a las que les están asesinando a sus hijos. Es el fenómeno de la violencia de las periferias que se vive en muchas ciudades del mundo. Las cifras de muertos por asesinato en esas periferias son mayores que las de muertos en las guerras. La impunidad de los asesinos, que es la complicidad de los aparatos mafiosos de muchos Estados, viene a rematar la tragedia.

Uno de los dramas más grandes que explican la violencia de muchos lugares es el drama de la orfandad. Millones de niños se han quedado sin padres. A veces sin padre ni madre, sin familia. Muchos son padres asesinados en la guerra, o padres migrantes, exiliados de la miseria, que a veces vuelven y a veces no, y abandonan a las madres y a sus hijos. Otras veces son los padres ausentes, que están, pero como si no estuvieran. Pensemos en ese fenómeno de las bandas callejeras que no vemos solo en las películas porque las tenemos entre nosotros. Tiene mucho que ver con el abandono que han vivido estos hijos en la familia.

Está el drama de los hijos «vendidos» por los padres, porque esperan de estas «ofertas» una mejor vida para sus hijos: son los niños esclavos. Luego está el drama contrario, más propio de los países enriquecidos: hablamos de los hijos sobreprotegidos,

de los hijos del capricho que se acaban volviendo caprichosos. Es una forma no menos deplorable de esclavitud. El capricho también mata a los hijos. Ya hay un porcentaje muy grande de niños convertidos en hijos tiranos, en hijos dictadores, maltratadores de sus padres. Y ya hay muchísimas denuncias de este tipo (muy por debajo de los casos realmente existentes).

Se está produciendo –y se está promoviendo– una ruptura entre las generaciones, entre la generación de los padres –y los abuelos– y la de los hijos. Es también un drama. Cuando las personas no tenemos raíces fuertes, nos encontramos desarraigados existencialmente, y nos situamos a merced de las modas, de las manipulaciones, del poder de los fuertes.

Tenemos otro daño, otra ruptura en nuestra familia humana que también nos ha recordado mucho el papa Francisco: el de los abuelos, el de las personas mayores. Ellos representan otra realidad de este mundo salvaje, que no es el que Dios quiere: la realidad del abandono, de la soledad, del desprecio de lo que no es útil o productivo, del desprecio de lo que tiene «algún defecto», o está «enfermo». Es el desprecio que tiene esta sociedad hacia lo débil, hacia los «descartables». Es el drama de los excluidos, los marginados, los desposeídos de dignidad.

La familia cristiana y la fraternidad

Sin embargo, la familia cristiana está pensada en el corazón de Cristo, de la Iglesia, como piedra angular, como célula viva, como testimonio anticipado de ese plan que Dios tiene para toda la familia humana: la fraternidad. Una familia no se puede llamar cristiana si se desentiende de este plan de Dios para todas las familias, para toda la humanidad.

Esta familia rota que hemos dibujado ya nos señala los grandes retos, la gran misión de la familia cristiana. Por una parte, la Justicia, el pan compartido: que la herencia del Padre llegue a todas las familias; el reparto de la Tierra; el trabajo digno para todos, para que todos puedan ganarse el pan; la vivienda para todos, es decir, que todas las personas tengan la seguridad necesaria para poder desarrollarse. Por otra parte, la Cultura de la Vida: la defensa de la vida humana, que es la defensa de la dignidad sagrada de la persona, desde su concepción hasta su muerte; la defensa de los débiles; la lucha contra aquello que asesina la vida humana; el «no matarás». Pero también la Cultura de la Solidaridad-Comunidad: la defensa de la familia como auténtica escuela donde

La familia cristiana está pensada en el corazón de Cristo, de la Iglesia, como piedra angular, como célula viva, como testimonio anticipado de ese plan que Dios tiene para toda la familia humana: la fraternidad. Una familia no se puede llamar cristiana si se desentiende de este plan de Dios para todas las familias, para toda la humanidad.

aprendemos a amar, a entregarnos y a aceptar a los demás; la defensa de una educación al servicio de las familias, de una cultura solidaria y no de los intereses del Mercado o del Estado; la defensa del protagonismo de la sociedad, de su asociacionismo y organización.

Laicos consagrados en el Matrimonio

La Iglesia tiene una reflexión sobre el sacramento del matrimonio que muy pocos fieles laicos casados conocen. También podríamos decir que muy pocos sacerdotes interpretan correctamente. El matrimonio no es ni mucho menos para los cristianos de segunda categoría, los que no tienen el valor de consagrarse como célibes (como sacerdotes o como religiosos o incluso como célibes laicos consagrados).

El matrimonio es vocación

Nuestra vocación primera y esencial es el amor. Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza. Llamándolo a la existencia por amor, lo ha llamado al mismo tiempo al amor.

Adquirimos nuestro primer compromiso con el Amor de Dios, de fidelidad al amor de Dios, en el bautismo. En el bautismo nos incorporamos al espacio de Amor, de Gracia, que el Señor nos ha reservado para poder vivir de cara al amor, mirando su amor, experimentando su amor, para poder ser fieles a Él.

La Iglesia nos dice que hay dos modos, dos estados específicos para vivir la fidelidad a ese amor, para ser fieles a nuestros compromisos bautismales: la virginidad y el matrimonio, no hay más. Y los dos nos permiten vivir plenamente esta fidelidad. Debemos descubrir, escuchar cómo nos llama Dios a vivir

esta vocación primera, a cada uno de nosotros. El matrimonio no es, por lo tanto, una mera elección, es un discernimiento, es un descubrimiento, es una llamada que escuchamos en diálogo con nuestra personalidad, con nuestra historia, con las circunstancias concretas en las que vivimos nuestra vida, con la Palabra de Dios en el Evangelio, en oración, en escucha del grito de los pobres hoy.

Y a esa llamada del Señor cada uno le responde. Y si la respuesta es: en el matrimonio voy a serte fiel, voy a ser fiel al amor que me das, y desde el matrimonio yo te voy a manifestar el amor que te tengo, entonces me consagro en él. Los «religiosos» cuando se consagran, hacen tres votos. Los que nos casamos hacemos también tres votos, los mismos que ellos, pero los vivimos de otra manera.



Familia venezolana camino hacia Boa Vista (Brasil) huyendo de la miseria y la violencia (2018) (fotografía de Nacho Doce).

Hacemos el voto de pobreza, que en el matrimonio consiste en compartir todos nuestros bienes con la otra persona, con mi marido o con mi mujer. Es el voto de comunión de bienes: todos los bienes están a disposición del Amor, de Cristo. Y eso quiere decir que los bienes no nos pueden separar de Cristo. No pueden ser ídolos, porque están para poder amar más, no para estar más encerrados en nosotros mismos, en nuestra casa, en nuestra comodidad, en nuestro capricho, en nuestro descanso, en nuestro egoísmo. Compartir los bienes es ponerlos a disposición del amor. Comparto las cosas, el dinero, pero también los afectos, los pensamientos, mis capacidades y mis valores y comparto todo mi cuerpo, mi sexualidad. Entrega total desinteresada. Y cuando los bienes nos alejan del amor a la otra persona, del amor a Cristo y del amor a los pobres del Señor, nos alejan del matrimonio cristiano.

Hacemos voto de obediencia, que en el matrimonio es el voto de comunión de vida, es el voto de humildad. Con este voto aceptamos al otro (hombre-mujer) como al mismo Cristo, en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza. Enteramente le aceptamos, le acogemos. Y a través del otro, de los otros cuando vienen los hijos, nos vamos enterando de qué quiere Dios de nosotros, de cuál es Su voluntad. Porque en el matrimonio queremos vivir en obediencia al Amor, a la voluntad amorosa del Padre.

Y hacemos también voto de castidad, que es el voto de la fidelidad, el voto del sacrificio. No hay fidelidad sin sacrificio, sin renuncia a mis egoísmos, a mis planes, a mis proyectos, a mi salud, a mi tiempo, a mis caprichos, a mis instintos de dominación...

El matrimonio es sacramento

¿Por qué la Iglesia considera que el matrimonio es sacramento? ¿Cuándo es sacramento? Pues muy sencillo, es sacramento cuando no se casan dos sino tres. Porque aceptamos que solos, nosotros dos, el hombre y la mujer, no podemos llevar a cabo la plenitud de este Amor. A veces saboreamos, entrevernos, intuimos, experimentamos que ese amor es lo más verdadero y auténtico que tenemos. Pero al tiempo también sabemos que está lleno de conflictos, de traiciones, de ofensas, de debilidades, de maltrato.

Los dos solos no podemos vivir el voto de pobreza, que me pide compartir hasta lo necesario para vivir, compartir y ser capaz de que los bienes no me posean

a mí. Solos no podemos vivir el voto de obediencia, que me pide aceptar en cada momento no lo que yo quiero, sino lo que quiere el Señor de mi a través de mi esposa y de mis hijos. Solos no podemos aceptar que ahora se vayan a la basura mis expectativas, el plan que me había hecho, porque hay otras voluntades con las que he decidido vivir mi vida. Y menuda tengo organizada como no empiece a asimilar que son voluntad del Señor. Solos no podemos vivir el voto de castidad, de fidelidad, de renuncia, de sacrificio de mi capricho, de mi egoísmo, de mi afán de poseer a mi mujer o de poseer a mi marido y de chantajearnos y de utilizar a mis hijos.

Entonces, para que podamos ser signos, símbolos, testigos de cómo ama Dios al mundo (del Amor de entrega total de Dios, que no se reservó ni a su propio Hijo); para que podamos ser signos, símbolos, testigos de cómo ama Jesucristo a su esposa, la Iglesia, dando su vida hasta la Cruz...para todo ello nos regala el Señor su Gracia, nos regala su amor concreto: a través del amor de mi mujer o de mi esposo; a través del amor de mis hijos; a través del amor de todos mis parientes de sangre. Pero también ofreciéndonos los otros sacramentos de la Iglesia: a través de la Eucaristía, de su alimento para ese amor; a través del perdón, ofreciéndonos el sacramento de la reconciliación. ¡Cuántas cosas nos tenemos que perdonar todos los días para conservar la limpieza de nuestro amor!

Y de esta manera nos convierte en instrumentos que construyen su Reino de Justicia, que construyen solidaridad, familia, comunión en el mundo. Así que somos sacramento solo cuando metemos a Cristo (su Iglesia, los pobres) en nuestro matrimonio. Y no lo somos cuando expulsamos de nuestro matrimonio a Cristo.

El sacramento del matrimonio tiene esa triple dimensión: es signo, símbolo, testimonio del Amor de Dios a su Pueblo, del Amor de Cristo. ¡El matrimonio cristiano debería expresar a todo el mundo cómo nos ama Dios! Es fuente de Gracia, para lo cual tenemos que cultivar en el matrimonio nuestra cercanía, nuestra amistad, nuestro trato cotidiano con el Señor: que el Señor está presente, que se encuentre con nosotros.

Somos sacramento solo cuando metemos a Cristo (su Iglesia, los pobres) en nuestro matrimonio.

Es instrumento, al servicio del Reino. El matrimonio no está pensado para nosotros mismos, para ser un oasis de paz, o un refugio, o una evasión (aunque todo esto lo puede ser), sino como instrumento para el único fin de todo cristiano: que venga Su Reino, su Reino de Justicia. Que se cumpla su Plan.

La misión del matrimonio y de la familia cristiana

En la *Familiaris consortio*, la gran encíclica sobre la Familia, lo pone muy clarito: la familia, constituida sobre la unión íntima, indisoluble, de vida y amor de un hombre y una mujer, tiene cuatro cometidos completamente relacionados entre sí, que no admiten distinción. «Traducidos» con mis palabras, estos cometidos son: ser escuela de comunión, de solidaridad, para constituir una comunidad de personas; al servicio de la vida; al servicio de la sociedad y al servicio de la Iglesia.

Si nuestra vida de familia nos impide de hecho ser constructores de una sociedad más fraterna y justa o ser evangelizadores, es porque estamos viviendo un matrimonio que no es cristiano. Porque lo de cristiano no quiere decir que se vaya a misa juntos, o que seamos muy buenos y cariñosos los unos con los otros, que también. Quiere decir otra cosa más importante: que el matrimonio nos está ayudando, impulsando, tensionando, para cumplir con nuestra misión en la sociedad (que es construir la humanidad como familia) y para cumplir con nuestra misión como laicos en la Iglesia (que es consagrar este mundo a Dios, para que este mundo cante la Gloria de Dios, se transforme de salvaje en humano y de humano en divino).

Ser escuela de solidaridad, de comunión, para constituir una comunidad de personas

El matrimonio es el núcleo de la familia: primero, de la familia de sangre; después, de la familia social, de toda la familia humana. Es la primera gran escuela, la escuela más importante, donde aprendemos a ser comunidad. Es una Escuela de Amor y es fuente de Amor-Solidaridad.

¿Qué aprendemos en la familia, en su vida cotidiana? En primer lugar, aprendemos a compartir, a compartirlo todo: nuestros bienes materiales, nuestros sentimientos, nuestros conocimientos, nuestros talentos. Y aprendemos, cuando estamos compartiendo, algo fundamental: ¡Hay que ver lo que nos cuesta darnos, la cantidad de reservas que

El matrimonio no está pensado para nosotros mismos, para ser un oasis de paz, o un refugio, o una evasión, sino como instrumento para el único fin de todo cristiano: que venga Su Reino, su Reino de Justicia.

hacemos, lo fácil que es apropiarnos de todo, hasta del cariño de mi esposa o de mi esposo, del cariño de mis hijos! Aprendiendo a compartir «lo bueno», nos damos cuenta de que no podemos dejar de compartir «lo malo». El amor nos lo pide todo, también nuestros errores, nuestras debilidades. En la familia no podemos ocultar esto, es el único sitio donde no podemos engañar a nadie. Todos saben de nuestras manías, de nuestros enfados sin sentido, de nuestros egoísmos, y hay que aprender a ser comunidad con ellos. También tenemos que aprender a pedir perdón.

Por eso, el segundo gran aprendizaje que hacemos es el de recibir y aceptar: el aprendizaje del agradecimiento, el aprendizaje de la humildad. El aprendizaje del reconocimiento y la aceptación del otro tal y como es y no como nos lo imaginamos. Aprendemos a perdonar. Y aprendemos a ser agradecidos con tantas y tantas cosas que recibimos todos los días sin merecernos. Porque las relaciones entre los miembros de una familia deberían estar guiadas por una sola ley: la ley de la gratuidad. Según esta ley aprendemos la dignidad de la que todos y cada uno estamos dotados, con independencia de lo que el mundo valora.

Y el tercer aprendizaje que hace posible la comunidad es la renuncia y el sacrificio. La virtud del sacrificio. No se puede hacer nada, absolutamente nada en común, si no estamos dispuestos a renunciar a nosotros mismos, a nuestros egoísmos; si no estamos dispuestos a renunciar a «mis derechos». ¡Qué poco y qué mal se entiende esto! La madre que ama a su hijo en el lecho de la enfermedad no pide derecho a descansar, ni pide derecho a dormir. Deja de dormir y deja de comer porque ama. El amor me pide muchas veces sacrificar mis derechos porque me hace responsable de mis deberes. ¿Se puede hacer esto sin el Amor de Dios?

Al servicio de la vida

Esta comunidad de personas no vive para sí misma, no tiene su razón de ser en sí misma. El matrimonio no es una cooperativa de egoísmos. Es una comu-

nidad de Amor, y solo en la medida en que aprendamos a darnos, como se dio Jesús por nosotros, hasta la muerte, se hace fecunda. El amor es fecundo, el egoísmo es siempre estéril. Y el maravilloso fruto del Amor sacramentado en el matrimonio es la vida. El Señor nos ha hecho cocreadores de su obra, nada menos.

La Iglesia nos enseña, si no lo hemos aprendido ya, qué significa dar vida. Este dar vida tiene dos grandes momentos: la procreación y la educación.

Decimos procrear, y no reproducirnos. Se reproducen todos los seres vivos cuando en el uso de sus funciones reproductivas traen a la vida un ser de su misma especie. Pero el hombre no es ni un vegetal ni un animal. No traemos a la vida un «material biológico», no somos solo un «conjunto de células organizadas». Somos, estamos llamados a ser, seres humanos, mejor dicho, personas. Las personas nacemos del Amor, somos Don, somos Hijos del Amor de Dios. Y la vida que estamos llamados a transmitir en el matrimonio es vida de Dios, es Don de Dios, es Creación de Dios. Por eso importa, y mucho, eso que llamamos las relaciones sexuales y por eso no pueden ser como las de los animales. La Iglesia nos invita a no separar el amor de la reproducción. Y a no separar el Amor de la responsabilidad, que es algo propio solo de los seres humanos.

Y en ese mismo sentido, la labor de transmitir la vida no acaba en el parto. Estamos llamados a que este nuevo ser humano, del que somos cocreadores, se convierta en Hijo de Dios, descubra en él todas las maravillas que Dios ha puesto en su naturaleza y en su vida y las pueda desarrollar; que descubra su originalidad, que descubra por qué y para qué está en este mundo. Eso es a lo que llamamos educación. No es sólo llevar a los hijos a buenos colegios y que tengan de todo; es ayudarles a descubrir su vocación, el maravilloso plan que el papá Dios tiene para ellos.



Policías intentan atrapar a una familia que huye de la guerra en Siria. Estación ferroviaria de la localidad de Bicske, Hungría (fotografía de Laszlo Balogh).

El hijo recibe entonces no solo su ser biológico humano, sino su ser moral, su ser hijo de Dios. Y esto es responsabilidad primera, no exclusiva, pero si primera, de la familia.

Al servicio de la sociedad

La familia se constituye así en la célula básica de la sociedad, en la piedra angular, la más importante, de todo el edificio social. Es escuela de solidaridad, es escuela de sociedad. Y ello implica también otras responsabilidades de las que no queremos saber mucho: nuestra responsabilidad política. Si, las familias tenemos una responsabilidad política.

La Iglesia también lo dice muy claro: ni la fami-

La familia se constituye así en la célula básica de la sociedad, en la piedra angular, la más importante, de todo el edificio social. Es escuela de solidaridad, es escuela de sociedad.



Familias rohinya huyendo del genocidio a manos del ejército birmano, fotografía GMB Akash.

lia se puede desentender de la sociedad, porque o hace sociedad o la deshace, ni la sociedad se puede desentender de la familia. Las familias tenemos que asumir, en el plano del territorio, Estado y ciudad, y en el plano internacional (el mundo entero), cómo vamos a contribuir a que nuestra sociedad y nuestro mundo sean familia, sean fraternidad. ¿Qué vamos a aportar para que esta familia rota y dañada de la que hablábamos al principio se recomponga, sea la Familia, la Fraternidad, que el Señor quiso que fuera? El mundo necesita familia. El mundo necesita ser familia. Y si nuestra familia se desentiende de esto, nuestros hijos, los de sangre, van a pagar muy caro nuestra indiferencia hacia nuestra responsabilidad.

Volviendo al principio, para concluir, los grandes retos «políticos» de la familia cristiana son: la Justicia, el pan compartido; la Cultura de la Vida, la defensa de la vida humana y la Cultura de la Solidaridad-Comunión.

La Iglesia quiere que evangelicemos como laicos. Por eso, el ejercicio de nuestra caridad es esencialmente política. (...) En medio del mundo, sin salirnos del mundo, para que el mundo también cante la Gloria de Dios.

Al servicio de la Iglesia

La familia fundamentada en el matrimonio cristiano es Iglesia, enteramente Iglesia (Iglesia doméstica se llama), con sus mismas características: la Iglesia es una (unidad: comunión íntima e indisoluble de vida y amor); santa (la santidad la pone Cristo; no nos casamos dos, sino tres, no lo olvidemos); católica (integral, universal: la Iglesia no pone fronteras ni banderas, está al servicio de todos, no solo de los miembros de «mi» familia) y apostólica (es decir, evangelizadora). Tiene el deber —no solo la posibilidad, sino el deber—, de evangelizar, de transmitir, de vivir, de testimoniar, de meter en la cultura de los pueblos el mensaje de Cristo. Además, la Iglesia es perseguida: «Como a mí me han perseguido...». Así que, si no estamos perseguidos, será que somos «poco Iglesia». Si hacemos demasiado juego con el mundo, será que somos demasiado mediocres como Iglesia.

Pero nuestro servicio a la Iglesia tiene una misión específica, como laicos, como matrimonio. No es lo mismo rezar como laicos, cuando tenemos una profesión y una jornada laboral, muchas veces precaria, o estamos desempleados; cuando tenemos que atender a los hijos; cuando tenemos que llevar adelante las tareas de casa; cuando nos hemos asociado con otras familias... no es lo mismo que rezar como monjes. Tampoco es lo mismo evangelizar como esposo o esposa, como padre o madre, como profesional o trabajador contratado o como desempleado, como miembro de una asociación de laicos, que hacerlo como sacerdote o como religioso. Muchos sacerdotes quieren que nos comportemos como «monaguillos», como «clero» de segunda categoría, como «órdenes terceras»; que estemos pegaditos a la parroquia o a una orden religiosa, pero con el inconveniente de que estamos «ocupados» en otras cosas y por lo tanto que no se nos puede pedir el mismo compromiso que a los «verdaderos consagrados». Error y gordo. La Iglesia quiere que evangelicemos como laicos. Por eso, el ejercicio de nuestra caridad es esencialmente política. Se hace desde el campo de la defensa de la vida, desde el campo de la educación, desde el campo de nuestra profesión, desde el campo de la cultura, desde el campo de la organización política. Y si los laicos no estamos evangelizando en esos campos, ¿quién lo va a estar haciendo? Somos Iglesia, pero nuestro sacerdocio es laical. En medio del mundo, sin salirnos del mundo, para que el mundo también cante la Gloria de Dios. ●

¿Qué es una familia?

Fabrice Hadjadj

El autor practica en este texto una «reflexión sobre la reflexión» que se suele hacer de la familia como algo que construimos. Advierte de las consecuencias nefastas de concebir la «familia» como un mero producto cultural, el resultado de una ingeniería social. Defiende, por contra, la naturaleza dada de la familia – la familia natural– y, de este modo, resalta su misterio, su condición de don inesperado, de regalo; su apertura a la trascendencia. El autor es filósofo francés, padre de familia numerosa y cristiano converso; es miembro del Consejo Pontificio para los Laicos.

¿Qué es una familia? Es sorprendente que estemos haciéndonos esta pregunta. Sin embargo, con frecuencia las evidencias más inmediatas quedan ocultas por su propia luz.

Todos venimos de una familia, todos nacemos con un apellido, todos hemos tenido una familia como cuna. Por eso cabe preguntarse, ¿qué es realmente la familia?

Hablaré de tres elementos definitorios. La familia es el primer lugar del amor. Es esencial que los padres se amen y que el hijo sea amado, de lo contrario la familia se seca o se descompone. La familia es el lugar de la primera educación. El niño nace de un proyecto, de la responsabilidad parental que le procura cuidado en vistas a su futuro, a su construcción, a su preparación como persona del mejor modo posible. La familia humana es también un lugar de respeto de las libertades. Los padres a través de su misión educativa, ayudan a fortalecer la autosuficiencia y a promover la autonomía del niño.

Sin embargo, a menudo cuando enfatizamos estas características,

perdemos la esencia de la familia, renovando las armas que pueden atacarla. Tanto preocuparnos por el bien del hijo, nos hace olvidar el ser del hijo. Tanto preocuparnos por los deberes de los padres, nos lleva a olvidar lo que es ser padre y madre. Los elementos que acabamos de proponer, amor, educación, libertad, lo dicen todo, menos lo esencial: que los padres son los padres, y el hijo es el hijo.

Y esta es la consecuencia fatal: pretendiendo la «familia perfecta», fundada en el amor, la educación y la libertad, lo que fundamos en realidad, no es la perfección de la familia, sino la excelencia del orfanato donde se quiere a los niños, se les educa, se les respeta como personas. Considerar la familia desde el amor, la educación y la libertad, pero basándose en el bien del niño como individuo, no como hijo, e incidiendo en los deberes de los padres como educadores y no como padres, es proponer una familia ya en sí misma «desfamiliarizada». Porque siempre se podrá decir que un padre y una madre pueden ser menos «amorosos, menos competentes y menos respetuosos» que dos hombres o dos mujeres, y ciertamente menos

eficaces que toda una organización integrada por los mejores especialistas. Esta organización de personas «cualificadas», podría pasar por la mejor de las familias, y la mejor de las familias se identificaría con el mejor de los orfanatos.

La familia relaciona cinco tipos de vínculos: conyugal (hombre y mujer), filial (de padres con hijos), fraterna (compartir los mismos padres), a los que se añaden otros dos que a menudo se olvidan, y que, sin embargo, son cruciales para la inscripción histórica e incluso política de la familia. En primer lugar, la relación de abuelos y nietos, que permite moderar la influencia de los padres, y abrir el tiempo de la familia al de la tradición. Y hay todavía un quinto tipo de enlace, pues la alianza conyugal se dobla en una alianza tribal, por así decirlo, y se abre el espacio de la familia al de la sociedad.

Pero la peculiaridad de estos lazos familiares es que no se basan en principio en una decisión. En el inicio hay algo que nos atraviesa, el don, que viene de otro y va hacia otro, y está fuera de nuestros cálculos. Esto nos lleva más allá de nosotros mismos, más allá de nuestros proyectos individuales (¿quién puede concebir el proyecto de tener una suegra?) porque nos abre al sexo opuesto y a otra generación, porque esto nos introduce en un tiempo que ya no es ya sólo nuestro.

Los que la denunciaban como institución básica de represión y opresión, ahora quieren hacer del niño un producto de la manipulación genética y esto es ir mucho

Cuando un hijo dice a sus padres: «Yo no elegí nacer», los padres siempre pueden devolver el cumplido: «Nosotros tampoco, no te hemos elegido, nos has sido regalado y tratamos de cambiar nuestra sorpresa en gratitud».



Escena de la película *Cuentos de Tokio*, de Yasujiro Ozu, 1953

más allá de una represión educativa, es ir hacia la pura y simple «fabricación» despótica del niño convertido en sujeto de una planificación, cobaya de laboratorio. Esta contradicción demuestra que no podemos deconstruir lo natural, sino tan sólo construir a su lado precisamente su simulacro, del mismo modo que no se puede fabricar inteligencia artificial si no es con lo poco que sabemos de la inteligencia humana

En definitiva: no hay cálculo que pueda tener como resultado un nacimiento. Nadie puede decir honestamente, «Ya está, estoy listo, soy lo suficientemente maduro y competente para tener un hijo, sé exactamente cómo actuar para hacer de él un hombre

adulto, tengo el derecho soberano de concebirlo y ser su maestro». Cuando en realidad deberíamos preguntarnos ¿cómo puedo tener el derecho de educar a un hijo, cuando en realidad soy tan poca cosa, un ser incapaz de entender el misterio de la vida?

Por tanto un hijo no es un derecho sino un hecho. El hijo es un don natural, y no somos realmente dignos de ese regalo. El hijo es la consecuencia del amor sexuado de un hombre y una mujer, y no el resultado de un objetivo directo de una persona. Por tanto ninguna seguridad humana, técnica o jurídica puede ser legítimamente el origen de su nacimiento. Si la realidad de su existencia dependiera de nuestra competencia, entonces sí

lo dominaríamos absolutamente, sería una pieza más de un dispositivo, una etapa en un proyecto y no el acontecimiento único de la vida que comienza y que siempre nos excede. Cuando un hijo dice a sus padres: «Yo no elegí nacer», los padres siempre pueden devolver el cumplido: «Nosotros tampoco, no te hemos elegido, nos has sido regalado y tratamos de cambiar nuestra sorpresa en gratitud».

Ahora sí, desde esta perspectiva podemos volver a los tres elementos mencionados anteriormente: el amor, la educación, la libertad. Trataremos de ver cómo cada uno de ellos se concreta en la familia, siempre a partir de esta donación que nos sobrepasa.

Primera especificidad: el amor familiar es esencialmente un amor sin preferencias. Esto significa que no incluye la elección ni la comparación, algo particularmente cierto en la relación entre padres e hijos. El amor de los padres y los hijos se basa en la paternidad misma y no en afinidades electivas. Lo comprobamos cuando el padre es un lector de Tito Livio, mientras el hijo se dedica a los videojuegos. Nunca habrían soñado con estar en la misma habitación. Nunca habrían formado parte del mismo club. Pero la familia es lo contrario del club electivo o selectivo.

Segunda especificidad: en la familia, la relación educativa se basa en una autoridad sin competencia. No esperamos a ser un buen padre o una buena madre para tener un hijo. De lo contrario, siempre estaríamos esperando. Esta renuencia conduce inevitablemente al reinado de las incubadoras y los expertos, y a la eliminación de los verdaderos padres. El padre es reemplazado por el experto, y la familia, por la empresa profesio-

nal. Sin embargo en la familia, el primer proyecto no es el educativo, sino la realización de la filiación. No es la habilidad o la competencia la que sustenta la autoridad. A pesar de las debilidades, el padre busca una cierta competencia, sin duda, pero posee su propia eficacia por el hecho de ser padre aunque resulte paradójico. Y es que la autoridad no competente tiene un valor en sí misma, un valor que no tiene precio. Por un lado, muestra que el padre no es «el Padre», con mayúscula, porque él es también un hijo. Su autoridad no es sólo una habilidad, sino un don, el padre no puede hacer del hijo su criatura y tratar de desvalorizarlo según su propia escala de valores sino que debe acogerlo como un misterio. Esta es una autoridad más profunda, que se diferencia de cualquier competencia funcional. No instruye al hijo teniendo en cuenta esta o aquella aptitud requerida, sino que muestra el misterio de la existencia como un don recibido.

Por último, una tercera especificidad en línea con las características precedentes: en la familia se vive una libertad sin control. El proyecto parental se puede quebrar fácilmente porque se enfrenta a la aventura familiar, algo diametralmente opuesto a una proyección personal o vital. El hijo o la hija tienen padres tan sólo para poder abandonarlos un día, fundar otra familia y casarse con

alguien que nunca será el mejor a los ojos de sus padres.

La familia está siempre por encima de sí misma, no sólo por el regalo de cada nuevo nacimiento, sino también por las alianzas externas que de ella proceden y hacia las que se dirige. Ahí está tu suegra, y luego está la suegra de tu propio hijo. Ésta es la expansión que se produce poco a poco, y que según Aristóteles constituye el pueblo y la ciudad.

Esta libertad sin control, que nos lanza a una aventura e incluso al drama, responde a lazos que no son contractuales. Aunque nos gustaría vivir sólo conforme a los contratos y ajustar en función de ellos los contenidos de nuestra conveniencia especialmente al notar las crisis, la realidad de la familia no es así. No podemos cambiar de relación, anularla como lo haríamos con un socio empresarial. No podemos dejar de ser padres de nuestros hijos. Tampoco –aunque llegemos a tener amigos de la edad de nuestros padres– mantendremos con ellos una relación de amistad por encima de la de filiación que siempre será más fuerte.

Ahora ya podemos acercarnos a la familia en el secreto de su esencia. La familia, antes que ser un objeto de pensamiento, es «eso» a partir de lo que empezamos a pensar. A menudo olvidamos esto,

La familia, este primer lugar de la existencia, es también un lugar de resistencia. Resistencia a la ideología, al pensamiento políticamente correcto, a la programación.

como olvidamos el suelo sobre el que pisamos, sencillamente porque no vemos lo que nos sostiene y nos impulsa hacia delante. La familia es el lugar del don y la acogida incalculables de una vida que se despliega con nosotros y, a la vez, a pesar de nosotros; que siempre nos lanza hacia adelante en el misterio de la existencia. Por ello, la familia es el fundamento carnal de la apertura a la trascendencia en el ser humano.

La familia, este primer lugar de la existencia, es también un lugar de resistencia. Resistencia a la ideología, al pensamiento políticamente correcto, a la programación. La familia es la comunidad de origen, dada por la naturaleza y no sólo establecida por convención. Por lo tanto, ofrece siempre, por su anclaje sexual, un contrapunto al artificio, y proporciona espacio para lo que podríamos llamar una verificación.

El político puede cultivar su imagen pública, mostrar su mejor perfil en las redes sociales, pero, ¿cuál es su rostro en lo privado, ante su mujer y sus hijos? La voluntad de poder es siempre contrariada por la proximidad familiar. Por eso, tanto los totalitarismos como el liberalismo, los controles tecnológicos, o el fundamentalismo religioso, siempre empiezan por poner a la familia bajo tutela, antes de intentar destruirla. ●

La familia es el lugar del don y la acogida incalculables de una vida que se despliega con nosotros y, a la vez, a pesar de nosotros; que siempre nos lanza hacia adelante en el misterio de la existencia. Por ello, la familia es el fundamento carnal de la apertura a la trascendencia en el ser humano.

Familias que parezcan un milagro

Luis Argüello

La familia natural contiene en sí la semilla de la solidaridad, del bien y de la trascendencia que necesita nuestro mundo. Pero esa semilla debe desarrollarse, por la vía sagrada –la del matrimonio como sacramento– y así puede fructificar como verdadero milagro en medio de este mundo, procurando su conversión. Este texto se ha elaborado transcribiendo las notas tomadas en un curso sobre la familia impartido hace unos años por don Luís Argüello en el Aula Malagón Roviroa del Movimiento Cultural Cristiano.

Hay muchos hombres y mujeres que, escuchando hablar de Jesús, conociendo a hombres y mujeres que testimonian el Evangelio de Jesús, hablando de las cosas que Jesús dijo, afirman: «Pues a mí este Jesús me gusta, las cosas que Jesús dice están bien, los valores que surgen de lo que Jesús plantea están bien, pero ¿cómo creer que Cristo es Dios?». ¿Cómo creemos que Cristo es Dios? Creemos que Cristo es Dios cuando hay milagros. Hacen falta milagros. Milagros que nos hagan decir no solamente que «es una idea bonita», no solamente que «es un proyecto social, económico, cultural o político apasionante», no solamente que «es un personaje maravilloso», no solamente que «aquellos que viven en el seguimiento de Jesús son buena gente», no solamente que «las cosas que hacen merecen la pena», sino: «Esto es un milagro». Porque Jesús, a lo largo de su existencia, cuando en tres años realiza la primera evangelización, dice palabras y realiza hechos, y algunos de esos hechos son milagros. Son milagros al servicio del anuncio del Reino. Son milagros que hacen que aquellos que están allí delante tengan en sus ojos, en su corazón, alguno en su propio cuerpo, en sus piernas que vuelven a caminar, en sus ojos que vuelven a ver, en su lengua que vuelve a expresarse, la evidencia de que Dios ha pasado por allí.

Los milagros se pueden producir en tres ámbitos. El primero es la Creación: lo que está a nuestro alrededor, la vida, lo real. Esto es ya un milagro. Cuando se tiene una mirada superficial, cuando la mirada que tenemos sobre lo que pasa a nuestro alrededor es plana, no captamos el milagro de la Creación, pero la Creación es un milagro que habla de su Autor.

Hay otro «ámbito» de los milagros. Es el milagro que experimentamos cada uno y que podemos llamar «evidencia». Evidencias en nosotros mismos. Hay evidencias que nos hacen llorar, hay evidencias que nos hacen vibrar. Esa evidencia que brota en mí, a través de la cual Dios quiere llamarme, cambiarme; esa experiencia que tengo, en un momento dado, en todo, en mis sentimientos, en mis propias tripas, de que hay un suceso en mi vida que me obliga a pensar en Dios. Descubrimos el milagro en nuestra propia existencia. Un acontecimiento que, visto desde fuera, puede incluso ser visto como un acontecimiento trágico y, sin embargo, no sabemos por qué, provoca en nosotros la experiencia de que Alguien pasa. Esta experiencia nos hace abrirnos a Dios.

Y hay un tercer ámbito de milagros: el testimonio de personas que rompen la lógica de las cosas. La experiencia que tenemos de ruptura del orden de la naturaleza cuando en Lourdes o en Fátima algún enfermo es curado, por poner un extremo de los extremos; cuando una enfermedad incurable es sanada; cuando una persona experimenta en sí o es testigo directo de que se rompe el orden de la naturaleza.

En un momento de la historia de la Iglesia y del mundo, en el que el corazón de la crisis tiene que ver con el destrozo de la persona, en su seno-matriz que es la familia, necesitamos, el mundo necesita, la evangelización que en la Iglesia queremos hacer necesita, familias que parezcan un milagro. Porque estamos llamados a evangelizar en familia de familias, porque el destino de la humanidad, el futuro del hombre, se fragua en la familia. Con Juan Pablo II podemos decir que en la Iglesia necesitamos algunas familias que, locas de amor, colgadas sólo del Cuerpo del Señor, se aventuren a vivir existencias que parezcan un milagro; que se consagren especialmente a expresar el amor sponsal, a dar testimonio de familia de familias, a la solidaridad con los pobres, para recordar a todos que ser familia cristiana es eso.

En el tipo de mundo en el que vivimos, muchas veces esto no es percibido como milagro porque, como dice ese extraordinario poeta que es Eliot, en un mundo de prófugos la persona que toma la dirección contraria parece que huye. Si los prófugos caen en la cuenta de que huyen del mundo, verán el milagro de que, huyendo todos de la catástrofe, hay algunos que van hacia la catástrofe para ordenar el caos.

Benedicto XVI, en una tertulia con un grupo de curas de los pueblos del valle de Aosta, publicada en el diario *L'Observatore Romano*, afirmaba que el drama en nuestra Iglesia, donde se expresa su gran crisis, es que los matrimonios se celebran sin fe. Si somos creyentes, lo más importante en la mirada al otro es que esa mirada me lleve al Señor. Si se es creyente, lo más importante en un matrimonio cristiano es que cada uno de sus miembros sea fiel a lo que Dios quiere de él, para ser amado cada uno en su destino.

Siempre, en cada momento, en la Iglesia se necesita vivir una especial consagración dentro de la común consagración. Actualmente, las formas de especial consagración que reconocemos son de sacerdotes que viven esa especial consagración viviendo una regla, por eso los llamamos sacerdotes regulares (los

Con Juan Pablo II podemos decir que en la Iglesia necesitamos algunas familias que, locas de amor, colgadas sólo del Cuerpo del Señor, se aventuren a vivir existencias que parezcan un milagro; que se consagren especialmente a expresar el amor sponsal, a dar testimonio de familia de familias, a la solidaridad con los pobres, para recordar a todos que ser familia cristiana es eso.

jesuitas, los dominicos...) y de hombres y mujeres que viven una especial consagración desde la virginidad consagrada, en fraternidades, en congregaciones.

No hay nada en la teología de la Iglesia que impida que hablemos de una especial consagración –dentro de la vida bautismal–, en la vida laical, en el matrimonio: matrimonios de especial consagración. Ma-



Reencuentro de la familia Hazkour, en 2016, después de un año de secuestro por el DAESH (Foto: Caritas Siria)

Cuando Guillermo y su esposa Caterina hablan de la experiencia de matrimonio que ellos tuvieron, hablan del «contrato con Dios», de la vivencia íntima en su propio matrimonio de haber firmado un contrato con Dios. Un contrato que de alguna forma expresa que todo es del Señor y para el Señor en los hermanos.

trimonios que dicen: «Nosotros, todo, toda nuestra vida, toda nuestra familia, todo lo que constituye las pequeñas dinámicas de la existencia, el trabajo, la casa, los hijos, su educación... al servicio del Reino, enteramente, sin ninguna reserva, sin distinguir vocación profesional de vocación apostólica. Todo para los hermanos, dispuestos a ir de acá para allá, a donde nos manden, a donde nos lleven, a donde nos reclamen». Y ello viviendo en pobreza, castidad y obediencia, que son consejos para todos, pero que en la especial consagración se manifiestan de manera pública.

Un matrimonio cristiano puede hacer expresión pública de pobreza queriendo vivir de la Providencia en la solidaridad de los hermanos; de obediencia, como hermanos del común, para lo que digan los hermanos de la Iglesia; de castidad, desarrollando, además de la castidad común –a la que todos, cualquiera que sea nuestro estado de vida, estamos llamados–, un especial subrayado de la condición virginal en

el interior del propio matrimonio, para concentrar todas las energías, incluidas las energías sexuales, en una vida contemplativa más intensa, en una energía para la lucha, la solidaridad, la acogida, el cuidado de los hermanos, de los hijos de otros, de manera más decidida.

Cuando Guillermo Roviroso [fundador de la HOAC, la Hermandad Obrera de Acción Católica] hablaba de la importancia que podrían tener para la organización apostólica los que él llamaba «vinculados» (personas dedicadas plenamente al servicio de la organización apostólica) hay que entender que usa este término no sólo significando personas que se vinculan, sino también significando matrimonios que se vinculan. Cuando Guillermo y su esposa Caterina hablan de la experiencia de matrimonio que ellos tuvieron, hablan del «contrato con Dios», de la vivencia íntima en su propio matrimonio de haber firmado un contrato con Dios. Un contrato que de alguna forma expresa que todo es del Señor y para el Señor en los hermanos.

Podemos leer la separación física de Caterina y Guillermo Roviroso con la clave de amar al otro en su destino. Caterina descubre su destino providencial, carismático, de llamada vigorosa del Señor en ofrecer algo a su Iglesia a través de Guillermo; y Guillermo, siguiendo en fidelidad la llamada del Señor, y, al mismo tiempo, amando a Caterina en su destino, acepta esa distancia dolorosa. Su distancia física nos



Familia misionera en la ceremonia de envío presidida por el obispo. Venezuela, enero 2020.

recuerda a todos, en cada matrimonio cristiano, la importancia de poseerse en la distancia. En la habitualidad normal y querida por el Señor en el seno de los matrimonios en la Iglesia, una distancia, un silencio, para hacer más expresivos los encuentros, para hacer más profundas las palabras, para hacer más expresivos los diálogos.

La actual situación de la familia en el mundo y en la Iglesia pide familias que se consagren, con diversas formas de expresar la consagración. Familias que se consagren, sacando todo el brillo a la consagración común, que es el bautismo; ahondando y ayudándose juntos, cayendo en la cuenta de que un matrimonio es la unión de dos bautizados, de dos conversos, de dos personas que quieren crecer hacia abajo, de dos personas que quieren ser cada día más pobres, de dos personas que se ayudan mutuamente a sacrificarse, a ofrecerse, a inmolarse, a favor de los pobres de la tierra. ¿Cómo ayudarnos en esto? Cómo aprender a amarnos en la distancia; cómo poner en juego todas las dimensiones de nuestro ser, incluidas las sexuales, que forman parte, constitutiva parte, de lo que somos; cómo abrirnos a la familia de familias; cómo entregar nuestras vidas; cómo ofrecer nuestra propia familia, para que sea una familia puente de reconciliación, ministerio de comunión, una familia que ayude a la relación entre las familias. Son como «ensayos». Afortunadamente, en la vida de la Iglesia lo último que se suele producir cuando se inicia cualquier andadura son formas institucionales. Primero es la vida que va delante, la vida de hombres y mujeres que quieren ofrecer milagros, que quieren dejarse llevar por el Espíritu del Señor. Luego, la Iglesia, a veces, sella y crea una forma institucional.

La pregunta era ¿cómo creer que Cristo es Dios? y hemos dicho que reconociendo el milagro, ofreciendo milagros. Cómo vivir de la Providencia, es un milagro. Cómo aprender a vivir las relaciones sexuales virginales –sí, es una contradicción en los términos–, es un milagro. Cómo renunciar a un proyecto propio y vivir en la obediencia; cómo renunciar a eso que llamamos la autorrealización a la que todos tenemos derecho, donde situamos nuestras experiencias de trabajo, a veces bajo apariencia de vocación profesional, pero escondiendo un deseo de autorrealización... es un milagro. Y por eso, como es un milagro, no es una cuestión de puños, sino de apertura al Señor, en la medida en que uno detecta en su corazón la llamada, caminar en la fidelidad de la respuesta.

La otra pregunta era ¿cómo anunciar el Reino?

La Iglesia como sacramento, el matrimonio como sacramento, la familia como Iglesia doméstica, han de ser en medio del mundo un signo, en la doble dimensión de milagro y profecía, que ayude a nuestros hermanos los hombres, no a mirarnos a nosotros, sino a descubrir el Misterio escondido, el plan de Dios.

Siendo profetas, es decir, poniendo en medio de la plaza pública existencias que por sí mismas, además de lo que digan y hagan, estén anunciando al mundo que otra forma de vivir es posible. Que estén anunciando al mundo la secreta vocación de todos: que estén en medio del mundo, por su forma propia de ser, además de lo que dicen y lo que hacen, denunciando la mentira, proponiendo la verdad, denunciando la injusticia, proponiendo la justicia. Existencias proféticas, existencias que, desde sus formas de vivir y entender las relaciones con otros y de expresar las relaciones con otros en familia de familias, estén diciendo al mundo: es mentira que el individualismo sea la última palabra; es mentira que la acumulación de bienes, aún a causa de otros, sea la felicidad; es mentira que pueda ser soportable, o sostenible como se dice ahora, un mundo en el que la alegría y el bienestar se pueda hacer con sangre en los zapatos.

Es verdad que somos llamados para la comunión-solidaridad, es verdad que vivir en la verdad supone menos sacrificios que los que pide el mundo para vivir en la mentira. Es verdad que lo que más nos humaniza, lo que más nos ayuda a expresar lo que verdaderamente somos, es la Cruz Gloriosa de nuestro Señor Jesucristo. En un mundo de prófugos, las personas que toman la dirección contraria parece que huyen, pero no.

Finalmente, es verdad que la Iglesia como sacramento, el matrimonio como sacramento, la familia como Iglesia doméstica, han de ser en medio del mundo un signo, en la doble dimensión de milagro y profecía, que ayude a nuestros hermanos los hombres, no a mirarnos a nosotros, sino a descubrir el Misterio escondido, el plan de Dios, que quiere que la humanidad sea una familia de hermanos, que quiere que la tierra sea el hogar de esa familia. Para eso nos ha llamado.●

Historia



El matrimonio canónico: esencial para la mujer y la solidaridad

Carlos Ruiz

El desconocimiento de la historia lleva, en no pocas ocasiones, a que los cristianos –y muy en particular los católicos– neguemos acomplejadamente la aportación histórica de la Iglesia al bien común. Sin ocultar los pecados –por otra parte muy divulgados y por los que la Iglesia ha pedido perdón–, tal complejo no está justificado como podemos comprobar en este artículo. Su autor es sacerdote misionero y teólogo.

El derecho de pernada

El derecho de pernada o *ius primae noctis* era el privilegio feudal por el que los nobles tenían la potestad de pasar la noche de bodas con la mujer de sus vasallos, esto es, de arrebatárles su virginidad. Se estimaba uno de los muchos abusos que sufrían los vasallos, que, en la práctica, pertenecían al señor de la región tanto como la tierra o las cosechas.

Sin embargo, la mayoría de historiadores reducen la incidencia del derecho de pernada en la Edad Media a casos y lugares muy concretos, aunque recuerdan que este privilegio feudal se ejercía de forma indirecta mediante el pago de un impuesto al señor por haber autorizado

el enlace de sus vasallos. Es más, era tradicional en muchos lugares que el señor simulara el acto sexual o saltara encima de la novia en las celebraciones que seguían a la boda, a modo de recordatorio del poder del noble sobre sus vasallos y como remanente de lo que algún día fue el derecho de pernada.

Quienes defienden que nunca existió aducen la escasa documentación y los pocos textos legales en los que hay referencia a este abuso. Uno de estos escasos testimonios es la *Sentencia arbitral de Guadalupe* (1486) por la que Fernando El Católico puso fin a muchos de los abusos de la nobleza contra los vasallos catalanes, donde se menciona que «*ni tampoco puedan [los señores] la primera noche quel payés prende mujer dormir con ella o en señal de*

senyoria». Una frase que demuestra que el derecho de pernada había sido algo al menos teórico en otro tiempo.

Varios monarcas católicos estipularon leyes contra los abusos de la aristocracia y prohibiendo explícitamente el derecho de pernada. Pero lo que realmente acabó con los abusos de los señores feudales sobre las mujeres de sus vasallos fue la institución eclesiástica matrimonial. Al consolidarse el matrimonio religioso, quedaba claro que el derecho canónico estaba por encima de cualquier uso o fuero ancestral y que, si Dios y la Iglesia bendecían la unión, sobraba la intervención de la nobleza.

A partir de que la Iglesia monopolizara los matrimonios, los abusos sexuales pasaron de ser un pseudoderecho a ser los caprichos de un señor descontrolado incapaz de respetar la dignidad de las personas a su cargo. El matrimonio era algo sagrado que ni siquiera los señores feudales podían mancillar.

La Iglesia de las mujeres

Así se titula el libro que, en 2018, escribió Lucetta Scaraffia. Esta historiadora, después de haber sido una intelectual de la izquierda radical y de familia masónica, se convirtió al catolicismo. Una de las principales razones que le llevaron a dar este paso es que Lucetta, tras estudiar la Antigüedad y la Edad Media, descubrió que la Iglesia es la que mejor ha promocionado a la mujer. Exponemos sus argumentos.

El matrimonio cristiano iguala a hombres y mujeres

En las culturas paganas, la promiscuidad sexual del marido (con esclavas, prostitutas o amantes) estaba perfectamente aceptada. La de la esposa, no tanto. El cristianismo

crea otra cosa distinta: un matrimonio sin promiscuidad para ninguno, exigiendo a ambos exclusividad y fidelidad. «Durante mucho tiempo el derecho canónico fue el único que ponía en el mismo plano el adulterio masculino y el femenino. [...] Era una lectura inimaginable para las autoridades laicas. Hay que recordar que en Italia la ley civil que establecía penas diferentes por adulterio no se derogó de la Corte constitucional hasta 1968», explica Scaraffia.

El matrimonio indisoluble defiende a la mujer

«Al sostener la indisolubilidad de las nupcias, el cristianismo –la única entre las grandes religiones monoteístas en proclamar la monogamia, que significa tutelar al contrayente más débil– protegía de hecho a la mujer de ser repudiada por esterilidad o adulterio». Los tribunales eclesiásticos siempre defendieron el vínculo de las esposas e impidieron los repudios. Incluso en el siglo XVI, el anglicanismo nace como una imposición de un rey tiránico, Enrique VIII, que quiere huir del matrimonio indisoluble, que defendía los derechos de la reina.

El cristianismo implanta al padre afectuoso y con deberes

Para los paganos, los padres (varones) tenían el derecho a matar a sus hijos o hijas. Una madre no podía defender a sus hijos o hijas. El cristianismo impidió y combatió este (falso) derecho: en la Edad Media ningún país cristianizado reconocía ya este «derecho» a matar hijos y –aunque algunos pueblos seguían practicándolo– la Iglesia se esforzó en erradicarlo.

«El derecho canónico estableció además otro principio fundamental, según el cual a todo hijo –fuese legítimo, ilegítimo, fruto de adulterio o

de incesto– le correspondía el derecho de ser alimentado por su padre, convirtiéndose en un deber preciso el proveer a los hijos independientemente de su origen».

Giulia Galeotti ha estudiado esto en su libro *In cerca del padre* y señala las normas canónicas que hacían que los clérigos proveyesen por sus hijos ilegítimos y también normas para defender los derechos de herencia de las niñas.

El protestantismo rompe esta visión solidaria

Según la profesora María José Roca Fernández hay una diferencia sustancial entre la anterior práctica y la que se va a imponer progresivamente en Occidente tras la aparición del protestantismo. Lo explica así:

En la concepción cristiana tradicional, la ley encuentra su fundamento en el orden natural (la ley natural). A su vez, la ley natural encuentra su fundamento en Dios. La ley humana, para ser justa, debe respetar –o al menos no contradecir– la ley natural. La ley no puede tener otra finalidad que la del bien común. Por su parte, la conciencia individual no es creadora de la ley sino solo encargada de aplicarla a la conducta concreta que debe adoptar el sujeto en cada momento. Una ley humana que vaya en contra de la ley natural no se considera ley y, por tanto, no cabe propiamente una objeción de conciencia a dicha legislación. Lo que hay que hacer es resistirla. En la tradición católica, mantenida durante siglos en el Derecho europeo, el fundamento de las excepciones a la ley no es la propia conciencia, y menos aún puede pensarse que el fundamento de la ley sea la conciencia.

Por el contrario, la concepción protestante niega la validez de la ley natural porque la naturaleza hu-

Candor Lucis Aeternae

Resplandor de la Luz Eterna

Carta apostólica del papa Francisco, en el 700 aniversario del fallecimiento de Dante Alighieri (1265-1321)



En este momento histórico marcado por tantas sombras, como la entrada en vigor en España de la Ley de eutanasia o la declaración del Parlamento Europeo para impulsar el aborto como derecho, bueno es recordar que Dante sitúa en el Anteinfierno a todas aquellas almas que en vida fueron incapaces de hacer frente a las injusticias, a todo aquél «que por poquedad de ánimo hizo la gran renuncia». Frente a ello, propone un camino de compromiso ético y político hasta que lleguemos al fin último de toda la humanidad, «el amor que mueve el sol y las demás estrellas» (en la ilustración)

TRABAJO SOBRE CAPITAL

Desde 1891, la Doctrina Social de la Iglesia ha afirmado que el trabajo, expresión de la persona y fuente de creación de riqueza, debe estar sobre el capital.



Nueva York, 1910

Foto: Lewis Hine

Rerum Novarum
1891

«...vergonzoso e inhumano es abusar de los hombres como de cosas de lucro y no estimarlos en más que cuanto sus nervios y músculos pueden dar de sí.»

Fratelli Tutti
2020

«Si alguien no tiene lo suficiente para vivir con dignidad se debe a que otro se lo está quedando. Lo resume san Juan Crisóstomo al decir que *no compartir con los pobres los propios bienes es robarles y quitarles la vida. No son nuestros los bienes que tenemos, sino suyos.*»

por una cultura solidaria
solidaridad.net



Bangladesh, 2005

Foto: GMB Akash

Por más de 200 años el capitalismo se ha negado a plegarse a la primacía del trabajo.

EL CAPITALISMO ES ANTICRISTIANO